

Las relaciones germano-mexicanas en los siglos XIX y XX: de la cultura al comercio*

Por *Walther L. BERNECKER***

AL HABLAR SOBRE LAS RELACIONES entre México y Alemania a lo largo de los siglos XIX y XX, se puede establecer una primera etapa hasta aproximadamente la fase de la Revolución Mexicana. Si en el siglo XIX primaban las relaciones económicas y comerciales, a lo largo del siglo XX estas relaciones se diferenciaron abarcando ahora mucho más que antes también aspectos políticos e ideológicos. En estos temas se concentrará también mi ponencia.

Ahora bien: toda reflexión sobre las relaciones germano-mexicanas en los últimos dos siglos debe comenzar —por su enorme importancia para el intercambio en todos los sectores, sobre todo el cultural y el científico— con las aportaciones de los hermanos Alejandro y Guillermo de Humboldt. Este último no era muy conocido en México en la primera mitad del siglo XIX, a diferencia de su hermano Alejandro. Fueron ante todo la estadía de este último en México de 1803 a 1804 y su famoso ensayo sobre la Nueva España, así como los investigadores alemanes los que contribuyeron a que un círculo más amplio conociera los trabajos de Guillermo. La revista *México Intelectual*, publicada por Enrique Conrado Rébsamen en 1883, tuvo al respecto un papel relevante. En ella se incluyeron las concepciones pedagógicas de Hebart, Froebel y Pestalozzi, y en este ámbito las ideas de Guillermo de Humboldt ganaron importancia. En el marco de la fundación de la Universidad de México en 1910, Justo Sierra, que abogaba por una modernización de las estructuras universitarias, se refirió al ideal humanístico de educación de Guillermo de Humboldt, que formaba la base de la universidad de Berlín, fundada exactamente cien años antes, en 1810.

Característica de los hermanos Humboldt es una cosmovisión liberal influida por las ideas de la Revolución Francesa y la Ilustración. Pero mientras Guillermo se sentía atraído desde un principio por contenidos

* Conferencia dictada en el Encuentro de la Asociación Mexicana de Profesores de Alemania, en mayo de 2002 en la Ciudad de México.

** Walther L. Bernecker es titular de la Cátedra Extraordinaria "Guillermo y Alejandro de Humboldt", DAAD-Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México. E-mail: <wlbernecker@aol.com>.

de educación lingüístico-filosóficos, estéticos y humanísticos, en Alejandro predominaba la vocación por investigaciones geográficas y de ciencias naturales, empíricas y culturales. Alejandro, interesado en las escrituras ideográficas mexicanas y su desciframiento, alentó a su hermano a investigar las lenguas indígenas originales. A pesar de los contrastes y las diferencias entre los campos de interés de Guillermo y Alejandro de Humboldt, compartieron una convicción fundamental, a saber: el reconocimiento del pluralismo empírico de las culturas y de la autodeterminación cultural de los pueblos.

Es importante resaltar estas ideas fundamentales de los hermanos Humboldt para la comprensión y el entendimiento entre pueblos, tanto más cuanto que en la práctica de las relaciones germano-mexicanas fueron desdeñadas tantas veces. Y no eran, en primer lugar, intereses científicos o culturales los que abrieron el camino a las relaciones entre los dos países, sino económicos y comerciales.

Al propagarse las noticias sobre la consumación de la independencia de México y la apertura de sus puertos al comercio internacional, de inmediato se cargaron barcos con mercancías manufacturadas de todos los países en proceso de industrialización, entre ellos de diferentes Estados alemanes, como Prusia y Sajonia, con destino a la nueva república independiente. Desde que Alejandro de Humboldt publicara su *Ensayo político sobre Nueva España*, en Alemania era común hablar de la riqueza de México. El comercio y la minería de plata eran los sectores de los que se esperaban las mayores ganancias. A la fe en la riqueza mexicana vino a unirse, como decisiva fuerza motriz para entablar relaciones comerciales, la difícil situación económica de los Estados alemanes después de las guerras napoleónicas.

A lo largo del siglo xviii las colonias españolas se habían convertido en un mercado importantísimo para el capital manufacturero y comercial alemán. De especial importancia era el lino de Silesia: la mitad de todo el lino silesiano se transportaba vía Hamburgo a Hispanoamérica. Este lucrativo negocio se había visto interrumpido por el bloqueo continental, pues las exportaciones prusianas habían perdido sus mercados exteriores. Por eso, la declaración mexicana de independencia avivó inmediatamente las expectativas alemanas de poder recuperar el mercado de ultramar. Rápidamente, comerciantes e industriales fundaron una Compañía Alemana de Indias, la Rheinisch-Westindische Kompagnie, que debía abrir el mercado americano a la industria alemana. Muy pronto se puso de manifiesto que tejidos de lino y artículos prusianos de lencería eran los productos alemanes más solicitados en México y que el problema del reconocimiento del recientemente

independizado Estado mexicano era para la industria prusiana una cuestión de vital importancia. Por otro lado, el Estado prusiano no podía menospreciar los principios legitimistas de la Santa Alianza, y éstos le impedían reconocer la independencia mexicana. En este dilema entre consideraciones político-ideológicas por un lado, e intereses económicos por el otro, salieron victoriosos finalmente los intereses económicos, que obligaron a la política prusiana a concluir en 1831 un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación que cumplía con las exigencias de un reconocimiento oficial a México. Las negociaciones de este Tratado habían tenido un claro carácter de compensación: trato arancelario preferencial por parte de México a cambio de reconocimiento político por parte de Prusia.

La competencia entre las diferentes naciones por el mercado mexicano y por aranceles ventajosos condujo a continuas modificaciones de las posiciones que éstas ocupaban en el mercado por el que luchaban. Para mediados de los años treinta del siglo XIX, si bien Gran Bretaña seguía siendo el principal suministrador de géneros manufacturados europeos, el comercio alemán con México había experimentado un enorme auge, arrebatando parcelas de mercado a los ingleses. Según fuentes prusianas, los alemanes suministraban por aquel entonces una tercera parte de todas las importaciones mexicanas.

Muy pronto se puso de manifiesto que no se trataba sólo de una pugna entre algodón y lino, sino cada vez más entre lino alemán de Silesia y lino británico de Irlanda. A finales de los años treinta, el lino irlandés había desplazado al silesiano y sajón del mercado mexicano. Pero el retroceso del lino alemán no significó un retroceso del comercio alemán con México. Muy al contrario: las casas importadoras alemanas, casi todas hanseáticas, se diversificaron en cuanto a la oferta de mercancías y al origen regional de los productos que vendían, pudiendo de esta manera aumentar en los años cuarenta sensiblemente el volumen del comercio con México. Los Estados alemanes seguían exportando más a México que a Estados Unidos de América. Pero eran otros productos los que ganaban importancia: artículos de ferretería, juguetes, géneros de seda, telas mixtas. Las antiguas "casas de lino" alemanas se habían convertido, entretanto, en almacenes con un variado surtido de mercancías.

La mayoría de las compañías mercantiles de alemanes tenían capitales más bien reducidos, a lo sumo de unos 50 000 pesos, y se dedicaban con exclusividad al comercio. En un principio estaba prohibido en los contratos que algún socio especulase directa o indirectamente con minas, haciendas de campo o negocios con el

gobierno. Ahora bien: los grandes almacenes que fueron surgiendo a lo largo del siglo XIX solían fungir como bancos, es decir daban préstamos, lo que a la larga los vinculó con el sector productivo y con el gobierno. Algunos quedaron estrechamente vinculados con dueños de haciendas de beneficio de plata, con pequeños fabricantes, con dueños de molinos de trigo etc. El vínculo fundamental se estableció con la minería y con la agricultura comercial. Los lazos financieros de estas casas eran internacionales y no se limitaban a productos de una región o de un país.

En los años cincuenta y sesenta, la posición antaño dominante de los ingleses en el comercio exterior mexicano fue ocupada por sus competidores alemanes que en varios campos lograron una especie de monopolio.

Junto al comercio fue ante todo la minería el sector que articuló los intereses germano-mexicanos. Ya desde la Colonia hubo estrechos vínculos entre las regiones alemanas mineras, como el Harz y Sajonia, y Nueva España. Resultado de estas relaciones, sobre todo tecnológicas, fue la idea del fomento de la minería a través de un Colegio de Minería (al estilo de la Escuela de Minas de Friburgo en Sajonia). La presencia de científicos y expertos en mineralogía y metalurgia, como Alejandro de Humboldt, se reflejó en la práctica de los trabajos mineros y en los estudios del Colegio de Minería.

Recién conseguida la independencia, llegaron a México técnicos de la Compañía Alemana de Minas, el "Deutsch-Amerikanischer Bergwerksverein", que funcionó hasta la tercera década del siglo XIX y que trabajó minas en los actuales estados de Hidalgo, Michoacán y el Estado de México. Como no contó con capital suficiente, y aunque recibió préstamos de la Compañía Alemana de Indias, tras unos años tuvo que suspender sus trabajos. Había adquirido demasiadas minas, debido a un inicial optimismo exagerado, y los trabajos de extracción y beneficio exigían grandes cantidades de capital líquido. Tras su disolución en 1838, las haciendas de beneficio y las instalaciones pasaron a manos de sus acreedores, muchos de ellos comerciantes. Varias minas rindieron pingües beneficios a sus sucesores.

La colonia alemana y su aporte económico

Al hablar de la gran importancia de las casas comerciales alemanas y del sector minero en el México decimonónico, cabe preguntarse cuántos alemanes residían de hecho en el país. La respuesta es sorprendente: su número era extremadamente reducido. En los años veinte del siglo XIX, el número oscilaba entre 50 y 500, en los años treinta y cuarenta habrá

habido algo más de mil, en los años cincuenta unos 1 500, a principios del siglo xx unos 2 000; incluso hoy, a principios del siglo xxi, los extranjeros con pasaporte alemán no rebasan los 15 000. En la primera década de la independencia mexicana eran ante todo empleados de compañías mineras los que venían a México. En el segundo lugar de importancia numérica seguían los comerciantes y empleados comerciales. Sólo una minoría de los alemanes residentes en México, 9%, eran artesanos, si bien formaban una especie de élite ocupacional en la capital mexicana.

Desde comienzos de los años treinta la estructura profesional de los alemanes sufrió un notable cambio. Todas las ocupaciones relacionadas con la minería perdieron importancia, mientras que comerciantes y mercaderes formaban de ahora en adelante, y hasta finales de siglo, el grupo más fuerte de la colonia alemana.

La mayor parte de los alemanes que llegaban a México eran jóvenes y solteros; después de algún tiempo, muchos vivían con mujeres mexicanas en concubinato. Según un memorándum de mediados del siglo xix del representante prusiano en México, la causa principal de los muchos concubinatos radicaba en las “múltiples dificultades” por “fundar un hogar” legalizado. La abrumadora mayoría de los alemanes eran protestantes, y la intención de casarse con una mexicana católica chocaba, en un clima de generalizada intolerancia religiosa, con problemas casi insolubles.

Con respecto a su orientación política, los alemanes residentes en México en el siglo xix habían abandonado su patria no sólo como consecuencia de la presión demográfica o de la penuria material, sino algunos también por convicciones políticas —un fenómeno que se repetiría en el siglo xx. Los reaccionarios Acuerdos de Karlsbad tuvieron como consecuencia un primer aluvión migratorio de liberales alemanes hacia México, entre ellos el grupo Sartorius/Stein, que quería fundar, en el estado de Veracruz, una especie de comuna que ofreciera asilo a refugiados políticos. Como otros planes de colonización, también éste fracasó a causa de obstáculos financieros y político-religiosos.

Si al principio de su estancia en México prevalecía entre los alemanes un sentimiento unitario y una postura política liberal, con el tiempo la distancia temporal y geográfica de los acontecimientos en Alemania parece haber llevado a un cambio de mentalidad: los alemanes de México se hicieron más conservadores, patrióticos y nacionalistas. La segunda mitad del siglo xix fue su “gran época”; el “tipo” del hanseático demócrata-burgués, del representante liberal del movimiento unificador alemán, cedió el lugar a una nueva generación que se sentía representante

de la ascendente potencia industrial y militar de Prusia. En los años sesenta del siglo XIX, cuando tuvieron lugar las guerras unificadoras alemanas, se puede apreciar claramente el cambio del hombre de negocios liberal-burgués al representante germano-nacionalista de una potencia victoriosa en los campos de batalla europeos.

Pese a todas las generalizaciones hay que recalcar que en el caso de los alemanes en México no se trataba de una colonia inmigratoria “unida”, de grupos más o menos homogéneos, como podían encontrarse, por ejemplo, en Chile o en Brasil. A diferencia de estos países, la mayor parte de los inmigrantes no eran labradores, sino comerciantes que residían principalmente en las ciudades, donde formaban parte de las clases urbanas media y alta. La diferencia fundamental con otros casos latinoamericanos consistía en que los inmigrantes tenían mayoritariamente la intención de volver a su país después de algún tiempo. La migración era para ellos una migración laboral temporal, no definitiva. En 1862, escribía Carlos de Gagem, un prusiano naturalizado mexicano:

Los extranjeros son ávidos de oro, no les importa nada el país de donde lo sacan. Riquezas quieren, para retirarse con ellas lo más pronto posible a Europa y a disfrutar allí de todos los goces que aquellas pueden proporcionar; pero no buscan una patria nueva, no han traído consigo a sus penates, no piensan formar aquí nuevos hogares. Quieren explotar el país, como antes lo han hecho los españoles, y poco se cuidan en servirle, mucho menos en amarlo. Son aves de paso, y se consideran en la República como en un destierro, del cual tratan de huir tan luego como sus arcas estén llenas de dinero.

El deseo de regresar con el capital ahorrado a Alemania tuvo toda una serie de consecuencias, tanto para México como para el inmigrante. Me concentro en una única consecuencia sociológica: los extranjeros practicaron donde y cuando podían una segregación casi hermética de la sociedad mexicana; se aislaban, resistían a todo tipo de influencia social y cultural, es decir se oponían a los intentos de asimilación o integración. Los extranjeros tenían, por lo general, todos sus contactos primarios en su propio grupo social y étnico, desde el “Hogar Alemán” hasta el médico de cabecera, el cura y el maestro, el tendero y el compañero de ocio. Se creó un microcosmos, una especie de calcomanía de las instituciones de su patria. En la historiografía se habla del fenómeno de la “diáspora comercial”. Estaba generalizado un síndrome de superioridad europea, fomentado por cierto por la élite

criolla que veía en los indígenas una raza inferior y estaba interesada en la inmigración de empresarios calificados.

La intención de muchos alemanes de resistir a la presión asimilatoria se incrementó con otros factores: por un lado, inmigrantes y naturales del país tenían diferentes sistemas de valores, lo que repercutía ante todo en una apreciación divergente del trabajo; por otro lado, los indudables éxitos económicos de los alemanes suscitaban envidia, que se hacía notar ante todo en las clases bajas mexicanas, originando movimientos xenófobos, instrumentalizados políticamente, lo que obligaba a los extranjeros, por su parte, a una postura defensiva y de segregación. Durante el siglo xix, ni las tendencias de asimilación de los extranjeros ni la fuerza de integración y penetración del Estado mexicano eran lo suficientemente fuertes como para debilitar claramente la resistencia de los extranjeros contra las tendencias de aculturación —algo que, por cierto, cambiaría en el siglo xx, ante todo después de la segunda Guerra Mundial.

Durante el Porfiriato, la política de los “científicos” quería crear un contrapeso europeo a la creciente influencia norteamericana en México. Indudablemente, Gran Bretaña era la potencia europea dominante en México, mientras que la importancia de Alemania era más bien reducida. En vísperas de la Revolución Mexicana, las inversiones alemanas no pasaban de 6.5% de todo el capital extranjero invertido en México. En cuanto al comercio exterior, el papel de Alemania era algo más importante, aun cuando existía una gran desproporción en los intercambios entre los dos países: en 1910/11, 12.9% de todas las importaciones de México provenía de Alemania, pero únicamente 3% de sus exportaciones iba destinado a ese país. Ahora bien: la importancia real de los alemanes en la economía mexicana era mucho mayor de lo que reflejan estas cifras, pues en los años setenta del siglo xix controlaban, sobre todo los hanseáticos, las dos terceras partes del comercio exterior mexicano.

Pero la supremacía comercial alemana era fortuita y representaba una situación precaria. Se derivaba de un conflicto temporal entre México y las demás potencias extranjeras que habían apoyado el malhadado imperio de Maximiliano. Además, los comerciantes alemanes dependían de los productores de Inglaterra y Francia, cuyos productos vendían en el mercado mexicano. A la larga, esta dependencia los hundió. En los años ochenta, el grupo francés de los “Barcelonnettes” logró expulsar casi totalmente a los alemanes del negocio de las telas. Los negociantes alemanes se dedicaron entonces a la importación de otros productos, especialmente de ferretería, cuya producción estaba particularmente

bien desarrollada en Alemania. Y fue también durante este periodo cuando el capital bancario alemán penetró en México. En consecuencia, la posición de los hombres de negocios alemanes logró fortalecerse de nuevo.

Pronto el mayor rival para Alemania en el sector del comercio con México sería Francia, pues ambas potencias querían vender a México armamentos. En esta área Alemania sufriría su mayor derrota. No fueron los fabricantes alemanes Krupp con sus cañones y Mauser con sus rifles los que hicieron el gran negocio en México, sino las fábricas francesas de Saint Chamond; éstas equiparon al ejército mexicano con artillería.

La derrota de la casa alemana Krupp se debía a varios motivos: a la mala calidad de la artillería alemana, a la negativa de Krupp de pagar los altos sobornos exigidos por los mexicanos, a la actitud ambigua de los banqueros alemanes, pero ante todo a los estrechos lazos existentes entre la élite porfiriana de los "científicos" y los financieros franceses, lo que condujo en definitiva a la compra del armamento francés.

Las exportaciones directas alemanas a México en vísperas de la Revolución eran insignificantes: sólo alcanzaban 1% de todas las exportaciones alemanas. Además, mostraban una composición muy fragmentaria. Y tampoco las importaciones alemanas provenientes de México eran de importancia estratégica. Por lo tanto, los intereses comerciales directos tuvieron una influencia secundaria en la conformación de la política del gobierno alemán respecto a México. Más importante llegaría a ser, en el Porfiriato, el sector bancario.

A finales de los años ochenta, la casa bancaria Bleichröder organizó un grupo financiero que se haría cargo de una emisión de bonos por 10.5 millones de libras esterlinas para el gobierno mexicano. Partiendo de una cláusula secreta en el acuerdo, Bleichröder desarrolló ambiciones monopólicas en el sector financiero, lo que le llevó pronto a conflictos con el gobierno mexicano; tras algunos forcejeos tuvo que poner fin a su sueño de dominar las finanzas del país, si bien mantuvo cierta influencia.

Después de 1900 comenzaron a expresar interés en México instituciones alemanas mucho más poderosas que Bleichröder. Algunos de los bancos más importantes intentaron penetrar el mercado mexicano, algunos en calidad de socios de instituciones financieras norteamericanas, otros se propusieron lograrlo solos. Deutsche Bank, el mayor banco alemán, se asoció con la casa bancaria Speyer, de matriz norteamericana, y ambos fundaron el Banco de Comercio e Industria. La Frankfurter Metallgesellschaft fundó la Compañía Minera

de Peñoles en sociedad con capitalistas norteamericanos. Bleichröder invirtió importantes sumas en la Mexican Petroleum Co.; la línea de vapores Hamburg-Amerika (Hapag) colaboró estrechamente con compañías navieras norteamericanas. Junto a éstas se formaron también otras empresas de tipo cártel.

Después de 1907 esta política de colaboración entre hombres de negocios norteamericanos y alemanes fue reemplazada cada vez en mayor grado por la rivalidad e incluso la confrontación abierta. La Berliner Handelsgesellschaft, dirigida por Carl Fürstenberg, realizaría un papel importante en esta lucha, intentando obtener el control de los ferrocarriles mexicanos. Y, de hecho, los accionistas alemanes representados por el grupo Fürstenberg lograron adquirir el control de 20% de las acciones de Ferrocarriles Nacionales de México. Al mismo tiempo, la Dresdner Bank fundaría, junto con el Schaffhausener Bankverein, su filial Deutsch-Südamerikanische Bank, estrechamente vinculada con la familia Madero, y con ambiciosos planes de inversión en el sector de materias primas —planes que debido al comienzo de la Revolución Mexicana finalmente no se realizaron.

Ninguno de los proyectos alemanes tenía que ver con el petróleo. Esta reticencia se debía fundamentalmente a la influencia de la estadounidense Standard Oil. A comienzos de la Revolución había en México invertidos unos 75 millones de pesos de capital alemán: 42 millones correspondían al comercio, 13 millones a empresas agrícolas, 10 millones a la industria y 10 millones a la banca. Además, unos 30 millones de pesos de bonos del gobierno mexicano estaban en manos alemanas.

Hay que mencionar otro sector importantísimo para inversiones alemanas en el Porfiriato: el mercado de tierras. Regiones periféricas tropicales de México vivieron aceleradas transformaciones al introducirse las plantaciones de henequén, azúcar, chicle, tabaco y, ante todo, café. La actividad de empresarios alemanes en el Soconusco, en el estado de Chiapas, refleja perfectamente los grandes cambios acaecidos, pues esta región, hasta entonces relativamente deshabitada y aislada, se convirtió en poco tiempo en la región productora y exportadora de café más importante de México. Empresarios alemanes ya habían invertido en el cultivo del café en Guatemala desde mediados del siglo XIX, y la región mexicana del Soconusco los atrajo desde los años ochenta del siglo XIX por el bajo precio de las tierras y por la favorable coyuntura que tenían los precios mundiales del café.

La clave del éxito de los finqueros alemanes fue su fuerte respaldo financiero. Los banqueros y los importadores hanseáticos financiaron

a los finqueros, que de esa manera pudieron construir importantes plantaciones. Hacia 1892 había 26 grandes fincas de café en el Soconusco, la mayoría alemanas, creándose así una verdadera región de economía de enclave. Casi siempre, los empresarios se relacionaban directamente con el exterior, ante todo con Bremen y Hamburgo, de donde venía también su financiamiento y hacia allá dirigían directamente su producción.

*Luchas por la hegemonía:
Alemania, Estados Unidos y México*

DE todo lo dicho hasta ahora se desprende que desde comienzos del siglo xx México empezó a cobrar una importancia cada vez mayor para Alemania, debido ante todo al crecido interés de los banqueros alemanes. La importancia de México para Alemania se debía primordialmente a su localización geográfica como vecino de Estados Unidos. Por un lado, los alemanes querían utilizar a México como instrumento antinorteamericano; por otro tenían temor a enemistarse con Estados Unidos a causa de México. Los alemanes ventilaron posibilidades de establecer bases militares en suelo mexicano, desde las cuales podrían enfrentarse a Estados Unidos, de fortalecer al ejército mexicano para un posible enfrentamiento con su vecino del norte, de acentuar las tensiones entre Estados Unidos y Japón, y más tarde entre Estados Unidos e Inglaterra. Pero la vacilación y torpeza de la política alemana tuvo como resultado final su fracaso.

En términos generales no puede afirmarse, pues, que las actividades alemanas en México a lo largo del Porfiriato fueran grandes éxitos. En el campo económico, Alemania fracasó cada vez que se propuso alcanzar una posición predominante. Tal fue el caso de los comerciantes en la década de 1870, del banquero Bleichröder en las décadas de 1880 y 1890, y del fabricante de armas Krupp en la primera década del siglo xx. Tal fue también el caso de los banqueros alemanes que habían esperado ejercer una influencia decisiva en el país. Sin embargo, tampoco se puede hablar de un fracaso rotundo, ya que todos estos grupos, aunque no alcanzaron la supremacía, sí lograron por lo menos un éxito relativo.

A diferencia del siglo xix, en el cual primaban los aspectos comerciales y económicos de las relaciones germano-mexicanas, para el siglo xx los estudios se han concentrado sobre todo en dos núcleos temáticos: uno es la Revolución Mexicana y los intereses alemanes durante la primera Guerra Mundial, el otro es la importancia del

nacional-socialismo para las relaciones entre ambos países y la segunda Guerra Mundial. Además, parece haber una serie de planteamientos bastante generalizados sobre las relaciones entre los dos países, como la idea de que “los gobiernos mexicanos (desde Porfirio Díaz en adelante) siempre habían usado los intereses alemanes para suplir los intereses británicos o estadounidenses en un intento de ganar mayor independencia respecto de estos dos países y de sus intereses económicos” (Friedrich Schuler). Desde esta perspectiva, Alemania fue una especie de socio intermedio capaz de intervenir en favor de México ante la voracidad del capitalismo anglosajón. A partir de esta premisa se explicaría parte de la germanofilia de Venustiano Carranza, o la admiración por el mundo alemán de Plutarco Elías Calles, el buen funcionamiento del intercambio de petróleo mexicano por productos alemanes manufacturados después de la nacionalización petrolera en México de marzo de 1938.

El estallido de la Revolución Mexicana tomó por sorpresa a la diplomacia alemana. Por bastante tiempo después de comenzada la Revolución, los diplomáticos alemanes fueron incapaces de percatarse de que el régimen de Porfirio Díaz se estaba desmoronando. Finalmente, tuvieron que aceptar el gobierno de Madero, pero esperaban que el nuevo régimen conservaría las características esenciales del anterior, sobre todo en lo que a los extranjeros concernía. Debido a la estrecha colaboración de la *Deutsch-Südamerikanische Bank* con la familia de Madero, se esperaban buenas relaciones con el nuevo gobierno. Si bien Madero efectivamente no introdujo ningún cambio fundamental en la estructura social de México, sí permitió libertades democráticas que para los chovinistas diplomáticos alemanes, ante todo para el plenipotenciario Paul von Hintze, eran excesivas. Por eso, la diplomacia alemana apoyó los ataques norteamericanos contra el gobierno maderista y contribuyó a su derrocamiento.

Durante el régimen de Huerta, en 1913-1914, los alemanes hicieron serios esfuerzos por impugnar la Doctrina Monroe. Los intereses de los empresarios alemanes en México no pudieron impedir que la diplomacia germana tratara de utilizar a la Revolución Mexicana en beneficio de objetivos de política internacional. Así, p. ej., los representantes alemanes lanzaron una intensa, aunque disimulada, campaña propagandística en favor de una alianza germano-norteamericana contra el Japón, con una consiguiente ocupación de México por Estados Unidos. Una propuesta del representante alemán Paul von Hintze de una “cooperación amistosa” habría convertido a México en

un protectorado europeo-norteamericano; como se sabe, esta política fracasó por completo.

Entre 1914 y 1917 México fue considerado por los gobernantes alemanes como un instrumento para influir en la política estadounidense. Alemania quería que Estados Unidos invadiera México. Para lograr esta finalidad, desplegó muchas actividades; se pueden mencionar la conspiración con Huerta, operaciones de sabotaje, el intento de conspiración con Pancho Villa para provocar la intervención norteamericana, las continuas provocaciones armadas en la frontera, las conjuras militares contra Carranza, y como culminación de esta política el telegrama, en 1917, del ministro alemán de exteriores Alfred Zimmermann, prometiendo a México la devolución de Texas, Nuevo México y Arizona en caso de una guerra de México, al lado de Alemania, contra Estados Unidos. El telegrama de Zimmermann fue el punto final de una serie de intentos concertados por parte de la política exterior alemana con el fin de comprometer a México en una guerra contra Estados Unidos.

Después de 1917, Alemania modificó significativamente su política mexicana. Ya no se proponía como objetivo principal inmovilizar a Estados Unidos en una guerra fronteriza con México. Después del fracaso de la guerra submarina ilimitada y de la oferta de alianza a Carranza, el nuevo objetivo era ahora someter a México, convirtiéndolo en una especie de protectorado alemán. En sus informes, el representante Heinrich von Eckardt habla en términos muy francos de "asumir el control de México". Organizando una amplia red de espionaje que se infiltrara tanto en el ejército como en el gobierno mexicano, adueñándose de sectores importantes de la prensa y colocando agentes en las juntas directivas de las compañías extranjeras en México, Alemania esperaba preparar el terreno para un control de México que se completaría por medio de cuantiosos préstamos e inversiones después de finalizada la guerra mundial.

En la práctica, todos estos proyectos no llegaron muy lejos, ya que Alemania no tenía el poder para imponerlos. Lo que salió fue una colaboración que se asemejaba a una alianza extraoficial entre los dos gobiernos, basada en las expectativas de futuro. Carranza contaba con la ayuda económica y diplomática de Alemania en la posguerra, y Alemania esperaba asegurarse importantes concesiones en la explotación de las materias primas mexicanas.

Si bien su propaganda fue muy efectiva en cuanto a la creación de simpatías proalemanas en la población mexicana, Alemania de hecho ejerció muy poca influencia en la política interna del gobierno mexicano en el desarrollo de la Revolución. Sí ejerció una influencia indirecta: la

creciente posibilidad de una guerra con Alemania movió al presidente estadounidense Woodrow Wilson a retirar incondicionalmente la expedición punitiva de territorio mexicano, lo que impidió toda ulterior intervención armada norteamericana en los asuntos internos de México hasta fines de 1918.

Las vicisitudes de la Revolución no acabaron con los prósperos negocios que hacían comerciantes e industriales alemanes residentes en México, sino que muchos establecimientos se fortalecieron incluso durante el conflicto. Ahora serían el petróleo y el café los productos más importantes para la exportación hacia Alemania. La estructura general de los establecimientos alemanes entre la primera y la segunda Guerra Mundial permaneció similar a la época anterior: predominaron las casas comerciales medianas y, de manera creciente, las pequeñas. Se puede hablar por eso del grupo alemán como predominantemente de clase media acomodada. En el interior del grupo de empresarios alemanes se enfrentaban dos facciones con intereses divergentes: mientras que una facción se vinculaba con la economía de México y buscaba por lo tanto mayor autonomía política de Alemania, otra representaba intereses de casas matrices alemanas y estaba mucho más ligada a la política exterior alemana.

Las reformas agrarias del gobierno de Lázaro Cárdenas afectaron también a los alemanes terratenientes, por lo que en materia de inversión en el agro se redujo la participación alemana, mientras que ésta aumentó sobre todo en el intercambio comercial y en algunas ramas productivas.

*En tiempos del Tercer Reich: propaganda
y contrapropaganda en tierra mexicana*

EN los años treinta, el régimen nazi intentó ganar terreno en México. El embajador de Hitler alineó todas aquellas instituciones alemanas ya existentes dentro de la organización del Partido Nacionalsocialista. En México y América Latina en general, una de las principales preocupaciones del gobierno nacionalsocialista fue la de contrarrestar la propaganda negativa de los Aliados y movilizar a los elementos alemanes para el movimiento hitleriano. La dependencia que más actividades desarrolló en este sentido fue la "Organización para el Extranjero" (Auslandsorganisation der NSDAP). Cuando las ambiciones ideológico-políticas del Tercer Reich entraron en conflicto con los intereses económicos, éstos se mostraron más fuertes y la política alemana hizo todo por no comprometer la neutralidad de los países latinoamericanos.

Ésta fue importante para el Reich, ya que sólo ella permitiría la continuidad del intercambio comercial entre América Latina y Alemania.

Económicamente, las relaciones germano-mexicanas de los años treinta diferían de las típicas relaciones económicas germano-latino-americanas. México había guardado distancia y se había rehusado a establecer un convenio económico bilateral con la Alemania nazi. Además, las modestas ganancias obtenidas por Alemania hasta 1938 en el mercado mexicano no se hicieron a expensas de la cuota comercial de Estados Unidos. Por lo tanto, la economía alemana no competía directamente con la de Estados Unidos, sino que ambos países ampliaban su posición en el mercado mexicano a expensas del comercio británico.

Sin embargo, esto cambió en 1938, después de la nacionalización en México de las compañías petroleras extranjeras, cuando México empezó a intercambiar petróleo por productos alemanes manufacturados. Alemania adquiriría en 1939 casi las dos terceras partes de todo el petróleo mexicano exportado. Indudablemente, esta influencia comercial en México tenía que ser una provocación a la hegemonía de Estados Unidos en América Latina. En el momento en que el nacional-socialismo parecía amenazar la seguridad hemisférica, Estados Unidos recobró su esfera de influencia tradicional.

Comenzada la segunda Guerra Mundial, México se declaró neutral. Las relaciones económicas germano-mexicanas ahora sufrieron retroceso tras retroceso, lo que se debía ante todo a la desorganización interna del Tercer Reich y al caos administrativo surgido de la competencia de diversos ministerios. Inmediatamente después de estallada la guerra, las compañías alemanas afectadas cancelaron sus contratos con los contratistas mexicanos para renegociar las formas de pago, cambiando las operaciones de trueque por pago efectivo.

Después de la caída de Francia, los políticos mexicanos creían que en la posguerra Alemania controlaría el enorme mercado de Europa occidental, y que ésta necesitaría urgentemente materias primas de México. Por tal motivo, México se mantuvo en una actitud de observación hacia el Tercer Reich, aunque comprometido con Estados Unidos como resultado de sus necesidades económicas.

Después del fracaso en mantener el mercado mexicano, el principal objetivo de la política alemana llegó a ser el de conservar a México al margen de la guerra y alejado de Estados Unidos. Adicionalmente, los contactos alemanes con México continuarían usándose como una base de propaganda y actividades de sabotaje contra Estados Unidos. Con el derrumbe de su mercado europeo, el problema principal para México

fue la dependencia económica de su vecino del norte. Los mexicanos, en un principio, no favorecían una colaboración demasiado estrecha o incluso una alianza con Estados Unidos contra el Eje.

Si bien trataba de permanecer equidistante del Eje y de Estados Unidos, poco a poco—debido a que la guerra se prolongaba en Europa—México tenía que acceder a las demandas de solidaridad hemisférica y unirse a la política de Estados Unidos. Así, la prensa mexicana se volvió completamente anti-Tercer Reich y en abril de 1941 México embargó todos los barcos alemanes que se hallaban en sus puertos. A lo largo de 1941, Alemania perdió toda influencia en México y en el otoño de ese año tuvieron que ser cerrados los consulados alemanes en el país.

Además de su interés económico en México, Alemania veía a este país como una base para su propaganda antiestadounidense, explotando el temor mexicano al “imperialismo yanqui”. La propaganda tenía, pues, una tarea triple: ganar el favor de los mexicanos hacia los puntos de vista del Tercer Reich; conservar a México alejado de Estados Unidos y apoyar la neutralidad de América Latina en la guerra.

Se puede decir que la política alemana fracasó en todos los sentidos. A partir de 1940, la propaganda alemana—que antes de la guerra había tenido bastante éxito—experimentó un retroceso decisivo, la propaganda aliada logró apoderarse de las anteriores posiciones germanas. En diciembre de 1941 acabaron también formalmente las relaciones diplomáticas entre México y Alemania. Pese a estas medidas, oficialmente se mantuvo la política de neutralidad, hasta que en mayo de 1942, y después de ser hundidos dos buques petroleros, el gobierno mexicano declaró la guerra a las potencias del Eje.

A partir de 1942 las actividades económicas de los alemanes en México se vieron en un embrollo serio al tomar el Estado mexicano medidas más drásticas en contra de propiedades alemanas. Varios centenares de alemanes fueron recluidos en el fuerte de Perote. Pero aún así los alemanes fueron menos afectados en México que en otros países enemigos del Tercer Reich, ya que el gobierno mexicano optó por el compromiso de intervenir temporalmente los establecimientos de nacionales del Eje y no confiscarlos definitivamente. También las fincas alemanas en el Soconusco fueron intervenidas por el gobierno mexicano, si bien la Junta de Administración y Vigilancia encargada de la intervención resultó ser defensora de los intereses empresariales y evitó el reparto de tierras.

Con respecto a los agentes secretos alemanes o una “quinta columna” nazi, intrigas internacionales, espionaje y sabotajes del Tercer Reich en México, en los años ochenta los historiadores mexicanos

desmitificaron el tema. Se pudo demostrar que muchas de las impresiones sobre la actividad nazi en México estaban más cerca de la leyenda que de la realidad. Lo que quedaba claro, ante todo, era que México hacía las veces de escenario en el cual tendrían bastante más espacio de acción las confrontaciones concretas entre Alemania y Estados Unidos que las de México con cualquiera de los dos países mencionados.

Aparte de las relaciones políticas y económicas entre Alemania y México en los años treinta y cuarenta, hay que considerar otro aspecto sumamente importante desde el punto de vista cultural y humanitario: el exilio alemán en México. Las aproximadamente 3 000 personas de habla alemana que lograron refugiarse en México formaron un centro cultural significativo, ya que gran parte de ellos fueron emigrantes políticos e intelectuales. Hasta mediados de 1942 se formó en México el centro más importante de los comunistas alemanes en el exilio en Occidente; muchos de ellos eran escritores, entre otros Anna Seghers, Egon Erwin Kisch, Ludwig Renn, Bodo Uhse, Paul Merker, Otto Katz, Alexander Abusch. Otros izquierdistas alemanes también lograron refugiarse en México, p. ej. el ex comunista Gustav Regler, el anarcosindicalista Augustin Souchy, el socialista Max Diamant. La Liga Pro-Cultura Alemana, fundada en 1938, sirvió de tribuna oficiosa para la propaganda anti-Hitler, y en los primeros años de guerra se convirtió en un crisol de los exiliados.

Por otro lado, también el exilio alemán vivió arduas polémicas entre comunistas y no comunistas. A partir de noviembre de 1941, el grupo comunista publicó la revista *Freies Deutschland*, que se publicaría más tarde bajo el nombre *Neues Deutschland* hasta 1946, una de las revistas más importantes del exilio alemán.

Bajo el liderazgo de Paul Merker se constituyó en México, en base al movimiento *Freies Deutschland*, el *Lateinamerikanisches Komitee der Freien Deutschen*, que pretendía representar a todos los adversarios políticos de Hitler en América Latina, si bien de hecho fue una organización comunista que denunciaba a exiliados no comunistas como agentes del fascismo. Por otro lado, se dio comienzo a un diálogo entre alemanes y judíos, pudiéndose vislumbrar una perspectiva de convivencia para el tiempo después de la guerra.

En noviembre de 1941 se fundó el *Heinrich-Heine-Klub* bajo la presidencia de Anna Seghers; pronto, el Club se convirtió en centro cultural de un pequeño grupo de exiliados y emigrados de profesiones artísticas y académicas. En 1942, los exiliados comunistas fundaron la editorial *El Libro Libre*, que publicaría 24 libros políticos y literarios.

Muchos de los que llegaron como emigrados se quedaron finalmente en el país que los acogió. Uno de tantos es el crítico de arte Paul Westheim. La historia del exilio y de la emigración alemana es una etapa fructífera del encuentro cultural entre alemanes y mexicanos.

Una relación importante: México y Alemania tras 1945

DESPUÉS de la segunda Guerra Mundial, y tras diez años de interrupción, México y Alemania reanudaron sus relaciones diplomáticas en 1952. Ya antes se concluyó en 1950 un Tratado de Comercio entre ambos países que dejaba vislumbrar la gran importancia que irían a tener las relaciones económicas entre México y Alemania. Rápidamente, estas relaciones se desarrollarían con gran dinamismo. El “milagro económico alemán” condujo a una intensificación de las inversiones alemanas en México; además, se firmaron múltiples acuerdos bilaterales en prácticamente todos los campos: economía y tecnología, cultura y educación, tráfico aéreo e impuestos. En 1977 se exportaron los primeros Volkswagen tipo “bocho” hechos en Puebla a Alemania: Volkswagen de México, compañía fundada en 1964, ha sido y es toda una exitosa historia industrial alemana en México.

Hasta la reunificación alemana en 1990, México también mantenía relaciones diplomáticas con la República Democrática Alemana. Son de resaltar ante todo las relaciones culturales y comerciales con la RDA y el hecho que ésta tuviera múltiples lazos con Cuba.

En los últimos diez años se han estrechado notablemente las relaciones germano-mexicanas. Hoy, más de 840 empresas con capital alemán están trabajando en México. Cada año vienen más de 300 000 turistas alemanes a este país. En julio de 2000 entró en vigor el Acuerdo de Asociación Económica, Concertación Política y Cooperación entre México y la Unión Europea; este Acuerdo ha llevado a un incremento del intercambio comercial de 28% en sólo año y medio, siendo Alemania el socio comercial más importante dentro de la Unión Europea y el segundo en importancia a nivel mundial. El Ministerio alemán de Cooperación ha invertido, en las últimas décadas, casi 400 millones de marcos en México; la mayor parte de este dinero se destina a la protección del medio ambiente urbano en la ciudad de México.

En el año 2001 las exportaciones alemanas a México ascendieron a más de 6 000 millones de dólares, las importaciones desde México a 1 600 millones de dólares; las inversiones directas de los últimos siete años se elevan a 2 700 millones de dólares. En el año 2001 se inauguró el Centro Industrial Comercial Alemán en Ciudad de México. Y todos

los pronósticos auguran que las relaciones económicas entre los dos países seguirán en aumento, debido (entre otras causas) a que tanto México en el continente americano, como Alemania en el europeo, ocupan posiciones estratégicas de vital importancia para uno y para otro.

No he hablado en esta ponencia de los muchos aspectos científicos, filosóficos y literarios que se vinculan con las relaciones germano-mexicanas; de la contribución de lingüistas alemanes al conocimiento de las lenguas en México; de los aportes alemanes a la investigación arqueológica, etnohistórica y etnológica en México; de la recepción de la literatura alemana en México y de la literatura mexicana en Alemania; del intercambio cultural de México y Alemania. No es menosprecio por estos temas, todo lo contrario. Ha sido la apremiante necesidad de tener que concentrarme en pocos puntos para dar cierta coherencia a mi exposición en el marco del reducido tiempo disponible. Los temas no tratados: la aportación de artistas, creadores y científicos, ya sea como refugiados, exiliados, residentes o simplemente estudiosos, muestra un aspecto distinto de las relaciones germano-mexicanas. Al estudiar a México en su diversidad y heterogeneidad, han advertido la enorme riqueza de lo que el país les ha podido ofrecer, y ellos a su vez han obsequiado a sus anfitriones, recíprocamente, sus estudios y sus obras, dando así una muestra de su cariño por el país y sus habitantes —lo que hacemos todos los que dedicamos nuestros estudios a México.

He empezado mi plática citando a los hermanos Humboldt; con ellos quisiera también terminar. La idea humboldtiana de la humanidad sigue teniendo importancia para la relación entre México y Alemania en varios sentidos: por un lado, la concepción universal de educación implica el pluralismo empírico de las culturas y el respeto a la dignidad e integridad de particularidades nacionales y étnicas. Los hermanos Humboldt lucharon por la autodeterminación cultural de los pueblos; ninguna cultura tiene una prerrogativa frente a otra —una idea básica para desarrollar un diálogo intercultural, tan necesario.

Por otro lado, la concepción humboldtiana de un ciudadano universalmente educado no ha perdido importancia. En vista de la diferenciación creciente del saber y de la división del trabajo, es más necesario que nunca un modo de pensar humanístico y abierto al mundo, tratando de unir lo particular y lo general.

Por último, esta idea de la ciencia está enfrentada a un punto de vista sólo técnico-pragmático y unilateral. Los valores culturales y humanísticos no son algo superfluo, más bien constituyen una parte

integral de todo tipo de formación y deben ser parte constitutiva de nuestro quehacer diario.

Bibliografía sumarisima

- Bernecker, Walther L., "Las relaciones comerciales germano-mexicanas en el siglo XIX", en León E. Bieber, coord., *Las relaciones germano-mexicanas desde el aporte de los hermanos Humboldt hasta el presente*, México, El Colegio de México, Servicio Alemán de Intercambio Académico, UNAM, FFYL, 2001, pp. 91-130.
- Bopp, Marianne O. de, *Contribución al estudio de las letras alemanas en México*, México, UNAM, 1961.
- Hanffstengel, Renata von, y Cecilia Tercero Vasconcelos, eds., *México, el exilio bien temperado*, México, Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas, 1995.
- Katz, Friedrich, "Alemania y Francisco Villa", *Historia Mexicana* (México), vol. XII, núm. 1 (45) (julio-septiembre de 1962), pp. 88-102.
- , *La guerra secreta en México*, 2 vols., México, Era, 1987.
- Krumpel, Heinz, "Acerca de la importancia de Guillermo de Humboldt en la historia de las ideas en México: una contribución al pensamiento intercultural", en León E. Bieber, coord., *Las relaciones germano-mexicanas desde el aporte de los hermanos Humboldt hasta el presente*, México, El Colegio de México, Servicio Alemán de Intercambio Académico, UNAM, FFYL, 2001, pp. 73-88.
- Mentz, Brígida von, et al., *Los pioneros del imperialismo alemán en México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1982.
- , *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, 2 vols., México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1988.
- México y Alemania. Perspectivas para el año 2000*. Informe final de la Comisión México-Alemania 2000, Hamburgo, Hamburg Ibero-Amerika Verein, 1993.
- Schuler, Friedrich, "Alemania, México y los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial", *Secuencia* (México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora), núm. 7 (1987), pp. 173-186.